

EL TAMBO DE RUELAS: "UN FRAGMENTO DE HISTORIA DETENIDA"

Si bien es cierto el Tambo de Ruelas no constituye precisamente un atractivo turístico en el más amplio sentido de la palabra debido al estado precario en que se halla su infraestructura, tal vez en un futuro lo pueda ser; esto si es que tomamos conciencia hoy de su valioso significado tanto histórico como arquitectónico y abogamos juntos por su pronta puesta en valor.

Por ello ofrecemos la presente nota en la que procuramos retratar, de la mejor manera posible, ese su particular encanto y la importancia que representa para la comprensión del pasado de Arequipa.

Ciertamente el acceso que a él conduce, un sencillo portón que pasa prácticamente inadvertido en medio de otros tantos en la primera cuadra de aquella pintoresca calle del Beaterio en el distrito de Yanahuara, allende al histórico Puente Bolognesi, no es una puerta cualquiera; se trata, más bien, de un portal dimensional.

A uno de sus lados, se halla esa ciudad que rápida y desordenadamente crece con construcciones que en algunos casos acabaron con la armonía arquitectónica de otrora, como resultado de ciertas delirantes fiebres de renovación que la afectaron en décadas recientes, en las que se creyó que la extravagancia y la ruptura con el pasado eran sinónimos de modernidad y progreso.

Y del otro lado, un tiempo y espacio detenidos, tal vez dieciochescos, pero seguramente decimonómicos.

Luego de atravesar un umbrío zaguán se abre ante nosotros el tambo en toda su extensión. Un amplio patio de tierra con algunos rezagos de su antiguo empedrado nos revela esa enigmática belleza que suelen tener aquellos monumentos que un día, por desidia o descuido, cayeron en el pozo del olvido. Algo de la Habana Vieja se respira tal vez aquí, pues este vetusto edificio parece mantenerse al margen de los cambios del tiempo y de aquella epidémica malaria de renovación, conservando, al menos en lo esencial, algo de su original personalidad.

Sus paredes son de ignimbrita (o sillar como le llamamos acá) en la primera planta, de madera y metal en la segunda. En ellas son visibles las pátinas que han dejado los sucesivos estratos pictóricos que son, al mismo tiempo, el registro de los cambiantes gustos cromáticos que han ido variando de acuerdo a los usos y costumbres de cada época. Todo en él es añejo y a veces incluso diríamos que hasta anacrónico.

Su propietario, el señor Matías Leyva, dialoga con nosotros apoyado en el barandal de uno de sus balcones. Con su hablar pausado y medido, percibiendo tal vez nuestro sincero interés por la importancia del inmueble, generoso nos revela algunos de los secretos de su tambo, los que él mejor que nadie conoce.

Desde allí, mientras conversamos, pierdo por un momento la atención en su relato, pues veo tras de él, como fondo que repentinamente se convierte en un primer plano, una imagen que

me parece escapada del otro confín del mundo; la pasmosa visión que, cual una Sarajevo bombardeada, ofrecen los abandonados galpones de las curtiembres semiderruidas en la otra banda del río, tal como si fueran los fantasmas de una ciudad atrapada en el horror de una guerra que, felizmente, nunca se libró.

En el interior de aquel tambo, rodeado de semejante escenografía pretérita, resulta sencillo imaginar una escena de otro tiempo: Un arriero y su recua apostada en el patio, tal vez poniendo en práctica nuestra mora herencia del arte del regateo en fluido diálogo con el dueño, procurando obtener posada a cambio de algunas monedas o de algún producto de los que transporta, que bien podría ser chancaca, frutas, aguardientes de uva y vinos del cálido valle de Majes; o acaso los tan preciados lingotes de plata provenientes de la entonces celeberrima Villa Imperial de Potosí.

Este era el dominio de los arrieros venidos desde muy lejos y donde seguramente se podían escuchar acentos distintos y presenciar los más variopintos usos y costumbres, tal como corresponde a aquella micro-sociedad de comerciantes y viajeros que tenía al tambo como su espacio de socialización e intercambio de mercancías.

Por todo ello, nuestra sincera recomendación a todos aquellos curiosos lectores que gusten de sorprenderse con lo inesperado que puede esconder incluso la ciudad en la que uno vive, es el de ejercitarse, de cuando en cuando, en el sano deporte de caminar, así, sin ningún apremio y con la curiosidad en guardia, por sus calles más tradicionales; pues eso será sumamente beneficioso para su salud, pero, además, si fuera para visitar el Tambo de Ruelas, habrá de serlo también en provecho del fortalecimiento de la identidad cultural y del espíritu de quien lo practique.

Rafael Longhi Saravia.